

Laudato Si' en el marco de la doctrina social de la iglesia

Luis González-Carvajal Santabárbara

Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca.

Profesor emérito de Teología Moral. Universidad Pontificia Comillas de Madrid

E-mail: lgcarvajal@telefonica.net

Recibido 28 de julio de 2015

Acceptado 14 de agosto de 2015

RESUMEN: Como el título indica, la finalidad de estas páginas es presentar la encíclica *Laudato si'* en el marco del magisterio anterior sobre cuestiones ecológicas. El Director de *Razón y Fe*, al encargarme este artículo para un número monográfico sobre la nueva encíclica, me decía: «Nos parece que nuestro papel no es ofrecer un análisis o una presentación de la misma, sino un marco para leerla y entenderla». Eso –y sólo eso– es lo que voy a intentar. Recorreremos, desde esta perspectiva, una sucinta breve historia de la doctrina social de la Iglesia, específicamente en lo que respecta a la cuestión ecológica y cómo la nueva encíclica es, sin duda, el primer magisterio tratado más profundamente acerca de las cuestiones medioambientales bajo la metodología del ver, juzgar y actuar.

PALABRAS CLAVE: doctrina social de la Iglesia, Juan XXIII, Concilio Vaticano II, Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco, ver, juzgar, actuar.

El interés por la ecología es muy reciente

El lector no debe rasgarse las vestiduras cuando lea que hasta hace cincuenta años el magisterio social de la Iglesia no se interesó por la ecología, porque en la sociedad civil ocurrió otro tanto. Michael Novak testimonia elocuentemente cómo el ambiente social de sus años jóvenes se caracterizaba por una total insensibilidad ecológica: «En mi pueblo natal del distrito de Cambria, Pensilvania, acostum-

brábamos a ver con orgullo el rojo polvillo que arrojaban al aire las chimeneas de la empresa siderúrgica Bethlehen; era para nosotros un signo de la modernidad, del vigor y de la inspiración que habían llevado a conquistar un lugar desolado. Sólo en mi adultez llegué a percibir este mismo polvillo como “contaminación del aire”»¹.

¹ M. NOVAK, *El espíritu del capitalismo democrático*, Tres Tiempos, Buenos Aires 1988⁵, 89.

A nivel mundial, las primeras manifestaciones de preocupación por el medio ambiente tuvieron lugar al comienzo de los años 60 del siglo pasado. Muchos consideran que el movimiento ecologista moderno hizo su presentación en sociedad en abril de 1962, con la aparición del libro *Primavera silenciosa*², de Carson. Diez años más tarde, la publicación del primer Informe al Club de Roma³ que anunciaba para el siglo XXI el retorno de los fantasmas malthusianos –hambre, epidemias y miseria– si no se tomaban medidas de inmediato, despertó tal polémica que desde entonces ninguna persona mínimamente informada ignora la seriedad del desafío al que nos enfrentamos.

En España, existen movimientos asociativos de defensa del medio ambiente desde 1968, año en que se fundó AENA (Asociación para la Defensa de la Naturaleza), cuyo líder más destacado fue Félix Rodríguez de la Fuente. Veinte años después, en 1987, se contabilizaban ya 787 asociaciones de este tipo⁴.

² R. L. CARSON, *Primavera silenciosa*, Crítica, Barcelona 2005.

³ D. H. MEADOWS y et al., *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*, Fondo de Cultura Económica, México 1975².

⁴ Cf. CENTRO NACIONAL DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN DE JUVENTUD, "Directorio de entidades y grupos

Magisterio de los papas anteriores sobre ecología

Veremos en este apartado que el magisterio pontificio sobre asuntos medioambientales anterior a la encíclica *Laudato si'*, si bien no ha sido muy abundante, ha ido creciendo progresivamente tanto en cantidad como en profundidad.

A) Juan XXIII (1958-1963)

El papa Juan XXIII sólo se pronunció sobre un tema relacionado con la ecología: El crecimiento demográfico. Fue sobre en los párrafos 185-199 de la encíclica *Mater et magistra* [MM] (1961). He aquí sus afirmaciones esenciales: Algunos «deducen que, si no se pone freno a la procreación humana, aumentará notablemente en un futuro próximo la desproporción entre la población y los medios indispensables de subsistencia» (MM 186). En opinión del Papa «en el plano mundial la relación entre el incremento demográfico, de una parte, y los medios de subsistencia, de otra, no parece, a lo menos por ahora e incluso en un futuro próximo, crear graves dificultades» (MM 188). Y, en todo caso, «la solución clara de este problema no ha de buscarse

ecologistas", en *Revista de Juventud* 26 (1987), 109ss.

fuera del orden moral establecido por Dios» (MM 189).

B) Concilio Vaticano II (1962-1965)

Debemos lamentar que un documento tan valioso como la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (GS), del Concilio Vaticano II, guardara absoluto silencio sobre el medio ambiente, porque en el momento de su publicación (1965) era ya motivo de preocupación para los sectores más dinámicos de la sociedad. Ganoczy llega a emplear la expresión «gran desengaño» para describir el silencio ecológico de la GS⁵.

C) Pablo VI (1963-1978)

Pablo VI abordó al menos en cuatro ocasiones el tema ecológico⁶. Mencionaremos solamente el primer documento y el último. Respecto al primero, dirigiéndose a la FAO, el 16 de noviembre de 1970, para celebrar el 25.º aniversario

de su fundación, denunció los riesgos de un crecimiento salvaje: «La puesta en obra de estas posibilidades técnicas a un ritmo acelerado no se actúa sin repercutir peligrosamente sobre el equilibrio de nuestro medio natural; y el deterioro progresivo de lo que se ha venido en llamar el medio ambiente corre el riesgo, bajo el efecto de los tropiezos de la civilización industrial, de conducir a una verdadera catástrofe ecológica. Ya estamos viendo viciarse el aire que respiramos, degradarse el agua que bebemos, contaminarse los ríos, los lagos y aun los océanos hasta hacernos temer una verdadera *muerte biológica* en un futuro cercano». El discurso continuaba afirmando que el hombre se ha empleado miles de años para aprender a dominar la naturaleza (cf. Gn 1, 28); ahora necesita aprender a “dominar su dominación”.

En lo que concierne al último documento, el 14 de mayo de 1971 escribía Pablo VI en la carta apostólica *Octogesima adveniens* (OA) que el ser humano, «debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación». Por lo tanto, estamos ante un «problema social de envergadura que incumbe a la familia humana toda entera» (OA 21).

⁵ Cf. A. GANOCZY, “Perspectivas ecológicas en la doctrina cristiana de la creación”, en *Concilium* 236 (1991), 70.

⁶ PABLO VI, *Discurso a la FAO* (1970), *Mensaje a los juristas católicos italianos en Roma* (1971), *Mensaje al Congreso Mundial de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente en Estocolmo* (1972), *Carta apostólica Octogesima adveniens* (1971).

D) *Juan Pablo II (1978-2005)*

Juan Pablo II aludió a la preocupación ecológica ya en su primera encíclica, la *Redemptor hominis* (RH), firmada el 4 de marzo de 1979: «¿Por qué razón –se preguntaba– este poder dado al hombre desde el principio por medio del cual debía él dominar la tierra (cf. Gn 1, 28), se dirige contra sí mismo, provocando un comprensible estado de inquietud?». Su respuesta es que «el hombre parece, a veces, no percibir otros significados de su ambiente natural, sino solamente aquellos que sirven a los fines de un uso inmediato y consumo. En cambio, era voluntad del Creador que el hombre se pusiera en contacto con la naturaleza como “dueño” y “custodio” inteligente y noble, y no como “explotador” y “destructor” sin ningún reparo. El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética» (RH 15).

Su pensamiento sobre ecología fue ganando progresivamente madurez. En la *Sollicitudo rei socialis* (SRS) denunció tres errores: 1. su-peditar todo (animales, plantas y seres inanimados) a los intereses económicos destruye el equilibrio natural con consecuencias desastrosas; 2. consumir los recursos

naturales como si fueran inagotables supone privar de ellos a quienes vengan detrás de nosotros, y 3. la contaminación del ambiente reduce la calidad de vida en las zonas industrializadas (cf. SRS 34).

Como puede verse, Juan Pablo II no menciona todavía lo que se conoce como «huella ecológica del Norte en el Sur», aunque lo hizo tres años después en el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, el 1 de enero de 1990⁷, que es el texto del Papa Wojtyła sobre ecología más amplio y también mejor articulado. Allí sostuvo que la solución a los problemas ecológicos no puede hallarse sólo a nivel nacional porque sobrepasan en muchos casos las fronteras de cada Estado. Sin embargo, que la solución deba ser global no significa que los Estados puedan inhibirse y eludir sus responsabilidades: «No solo deben aplicar las normas aprobadas junto con las autoridades de otros Estados, sino favorecer también internamente un adecuado orden socio-económico, atendiendo particularmente a los sectores más vulnerables de la sociedad. Corresponde a cada Estado, en el ámbito del propio te-

⁷ JUAN PABLO II, “Paz con Dios Creador, paz con toda la creación. Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz”, en *Ecclesia* 2.456 (30 de diciembre de 1989), 1.929-1.933.

rritorio, la función de prevenir el deterioro de la atmósfera y de la biosfera, controlando atentamente, entre otras cosas, los efectos de los nuevos descubrimientos tecnológicos o científicos, y ofreciendo a los propios ciudadanos la garantía de no verse expuestos a agentes contaminantes o a residuos tóxicos» (n.º 9). En este Mensaje introdujo el concepto de «ecología humana» que después desarrollarán Benedicto XVI y Francisco.

Por último, en la encíclica *Centesimus annus* (CA), del 1 de mayo de 1991, sostuvo que el problema de fondo del desarrollo sostenible es antropológico: «El hombre, impulsado por el deseo de tener y de gozar, más que de ser y de crecer, consume de manera excesiva y desordenada los recursos de la tierra y su misma vida. En la raíz de la insensata destrucción del ambiente natural hay un error antropológico, por desgracia muy difundido en nuestro tiempo» (CA 37a).

E) *Benedicto XVI (2005-2013)*

El papa Ratzinger dedicó a la ecología los parágrafos 48-52 de su encíclica *Caritas in veritate* (CV) del 29 de junio de 2009. Resaltaremos únicamente tres de sus enseñanzas.

Lynn T. White (1907-1987), un profesor de historia medieval en la Universidad de Los Ángeles, en una conferencia pronunciada en 1967 fue el primero –después lo hicieron otros muchos– que responsabilizó al antropocentrismo cristiano del deterioro ecológico porque, en su opinión, convierte en «voluntad de Dios que el hombre explote la naturaleza para sus propios fines»⁸. White defendió un retorno al paganismo, porque veía en su panteísmo la más eficaz defensa de la naturaleza. Benedicto XVI, con la precisión que le caracterizaba, explica que la naturaleza no es Dios y, por lo tanto, no es «un tabú intocable» (CV 48a) ni debemos caer en «actitudes neopaganas o de nuevo panteísmo» (CV 48b). Sin embargo –añade–, el cristiano nunca debe olvidar que, aunque la naturaleza no es divina, es «el maravilloso resultado de la intervención creadora de Dios» (CV 48a) y, por lo tanto, no tenemos derecho a «abusar de ella» (CV 48a).

Insiste, en segundo lugar, sobre los límites que la finitud de nuestro

⁸ L. T. WHITE, "Historical Roots of Our Ecologic Crisis", en *Science* 155 (1967), 1.203-1.207. Citaré su traducción castellana: "Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica", en *Revista de Occidente* 143-144 (1975), 150-164. Aquí, 158-159.

planeta supone para el consumo de la humanidad. La naturaleza es «un don de Dios para todos», y el acaparamiento de sus recursos por algunos Estados y grupos de poder entraña «una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad» (CV 48a). La justicia no sólo exige a los acaparadores frenar su consumo siempre creciente de energía y otros recursos, sino hacerlo decrecer (CV 49a).

Desarrolla, por último, la relación existente entre la ecología medioambiental y la ecología humana: «El libro de la naturaleza es uno e indivisible» (CV 51c) y, por tanto, «el modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa. Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida que, en muchas partes del mundo, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan» (CV 51a).

La encíclica *Laudato Si'* (LS)

Habrà podido apreciar el lector que antes del papa Francisco la preocupación por los asuntos medioambientales no había sido demasiado grande en el magisterio social de la Iglesia Católica, y

algunos temas como el calentamiento globales estaban prácticamente ausentes, a diferencia de lo que ocurría en el Consejo Mundial de las Iglesias. Afortunadamente, *LS* (24 de mayo de 2015), la primera encíclica dedicada íntegramente a la ecología, ha llenado ese vacío con creces.

Naturalmente, *LS* no ha surgido de la nada. Como vimos más arriba, ha venido precedida por diversas enseñanzas pontificias sobre ecología que tenían un carácter fragmentario y por eso mismo pedían ser integradas en un discurso único. Existía también un rico magisterio episcopal sobre el particular del que no hemos podido hablar. Todos esos afluentes han ido sumando su caudal al procedente del propio papa Francisco. De hecho, ningún Papa anteriormente había sido tan receptivo hacia el magisterio emanado de las diferentes Conferencias Episcopales nacionales y regionales, citando en la encíclica documentos procedentes de los cinco continentes (veintiuno en total, diez de ellos de países latinoamericanos).

Como ya propugnó Juan XXIII (MM 236) y se hizo habitual en el magisterio social de la Iglesia desde la *GS* del Concilio Vaticano, *LS* sigue el método *Ver* (cap. 1), *Juzgar* (caps. 2-4) y *Actuar* (caps. 5-6).

A) *Ver*

El capítulo primero («Lo que está pasando a nuestra casa»), correspondiente al “Ver”, está basado en las ciencias sociales y realiza un examen muy completo, bien documentado y siempre matizado de los problemas medioambientales. Para este análisis el magisterio de la Iglesia no tiene una competencia particular, pero se comprende fácilmente su importancia: Si pretendemos hacer un juicio de cristiano de algo, lo primero es haber comprendido bien ese “algo”.

Los lectores de la encíclica observarán que el “ver” del papa Francisco tiene dos notas características. En primer lugar es una visión holística de la realidad. Insiste una y otra vez en que «todo está conectado» (LS 117; 120; 138), señalando: *a*) la influencia que tiene la conducta antiecológica de un país sobre otros quizás muy alejados; *b*) la interrelación entre los diferentes problemas ecológicos, y *c*) la correlación entre la ecología medioambiental y la ecología humana. En segundo lugar es un “ver” la ecología desde abajo, desde los pobres; algo que, sin duda, está en el código genético del papa Francisco ya que una y otra vez insiste en que los más perjudicados por los diferentes

problemas medioambientales son los pobres⁹.

B) *Juzgar*

En el segundo tiempo, “Juzgar”. El Papa enjuicia lo que está pasando a nuestro planeta tanto desde la fe cristiana como desde la razón, que son –como ya dijo Pío XII– las dos fuentes de donde brota la Doctrina Social de la Iglesia¹⁰. Entramos así en el campo propio de competencia del magisterio social de la Iglesia: en lo referente a la fe cristiana, como custodia de la revelación divina; y, en lo referente a la razón, como «experta en humanidad»¹¹. En consecuencia, son también los capítulos que tienen mayor autoridad magisterial.

En el capítulo segundo («El Evangelio de la creación») expone la

⁹ Cf. LS 25; 29; 45; 51; 134.

¹⁰ Cf. Pío XII, *Summi pontificatus* (20 de octubre de 1939), n. 60 [*Doctrina pontificia*, tomo 2, BAC, Madrid 1958, 787]; *Radiomensaje con motivo del cincuentenario de la «Rerum novarum»* (1 de junio de 1941), n. 5 [*Doctrina pontificia*, tomo 3, BAC, Madrid 1964², 866-867]; *Vixdum vobis* (1 de noviembre de 1945), n. 10 [*Doctrina pontificia*, tomo 3, 919].

¹¹ PABLO VI, *Discurso en la Organización de Naciones Unidas*, 4 de octubre de 1965. Véase, P. GALINDO, *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, tomo 2, 2.961.

teología y la espiritualidad de la creación que Dios nos ha confiado. El editorial del diario *The Tablet* del 4 de noviembre de 2006 decía: «Es hora de que la Iglesia Católica renueve su teología de la creación, una tarea merecedora de una encíclica papal y de un papa como Benedicto». El papa Ratzinger no tuvo tiempo de hacerlo, pero el papa Francisco ha satisfecho cumplidamente el deseo del periódico católico inglés.

El capítulo tercero («Raíz humana de la crisis ecológica») muestra que la actual crisis ecológica no habría tenido lugar sin el inmenso poder que ha proporcionado a la humanidad la tecnología moderna, pero el problema no está en la tecnología misma –que, al fin y al cabo, pertenece al orden de los medios y también ha posibilitado muchas cosas buenas–, sino en la humanidad que, cuanto más desarrollaba el saber científico-técnico, más reprimía la sabiduría que habían cultivado las generaciones anteriores sobre el camino que conduce hacia una vida lograda¹². Por eso este capítulo desarrolla una crítica no ya de la *tecnología*, sino de la *tecnocracia*, que ha acabado dirigiendo tanto la economía como la política.

¹² Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *El camino hacia una vida lograda*, PPC, Madrid 2015.

Es fácil adivinar lo que ha debido influir en su momento sobre Jorge Mario Bergoglio *El ocaso de la Edad Moderna*, de Guardini, porque le citó en *Evangelii gaudium* y vuelve a hacerlo en cuatro lugares distintos de *LS*.

De la técnica podríamos decir lo mismo que del Cid Campeador: «¡Dios, que buen vasallo, si oviese buen señor!»¹³. Desde hace ciento cincuenta años ha sido una gran amenaza para la salud ambiental de nuestro planeta, pero bien orientada podría contribuir a paliar esos mismos desastres medioambientales. Para que esto ocurra es necesaria «una valiente revolución cultural» (*LS* 114), porque es la cultura quien se ha corrompido (*LS* 123). «Las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad» (*LS* 63).

Esa revolución cultural debe llevarnos, entre otras cosas, a revisar nuestro antropocentrismo, que –a diferencia White– el Papa no lo califica de bíblico, sino de moderno; en mi opinión con plena razón porque si la supuesta concepción

¹³ ANÓNIMO, *Poema de mío Cid*, serie 3, verso 7 (Aguilar, Madrid 1990, 31).

antropocéntrica del mundo atribuida a la Biblia tiene más de tres mil años de antigüedad y el gran «pillaje» de la naturaleza comenzó hace escasamente 250 años, coincidiendo precisamente con la emancipación del hombre respecto del cristianismo, debemos suponer que han intervenido otros factores ajenos a la Biblia. Influencia decisiva, por ejemplo, tuvo Descartes, el padre de la filosofía moderna, al establecer un absoluto dualismo entre el hombre como “cosa pensante” (*res cogitans*) y la naturaleza como “cosa mecánica” (*res extensa*), mera máquina puesta a nuestro servicio. Los animales son, para Descartes, simples máquinas con patas, y si son más perfectos que otras máquinas se debe solamente a que los artefactos fabricados por Dios funcionan mejor que los fabricados por el hombre¹⁴.

En el capítulo cuarto («Una ecología integral») relaciona la ecología ambiental –la única que suele estar en la mente de la gente– con la ecología humana. No sólo necesitamos proteger el medio ambiente, sino también el hombre; las amenazas a ambos «están íntimamente ligadas a la “cultura del descarte”, que afecta tanto a los se-

res humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura» (*LS* 22). Ecología humana no es sólo defender cualquier vida humana, sino también la calidad de vida de todos. Nunca anteriormente el magisterio social de la Iglesia había desarrollado de modo tan completo y equilibrado la ecología humana.

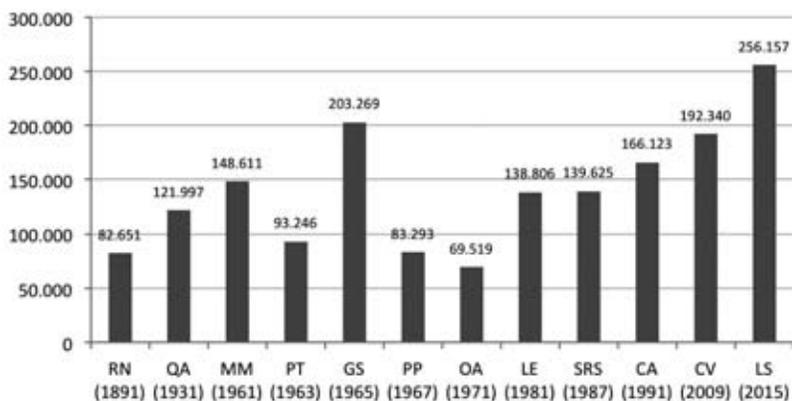
C) *Actuar*

Los dos últimos capítulos corresponden al “Actuar”. El capítulo quinto («Algunas líneas de orientación y acción») presta atención a las políticas medioambientales, tanto a nivel nacional como internacional, señalando con clarividencia las dificultades existentes por el inmediatismo que caracteriza a la política y a las empresas para adoptar medidas a largo plazo. Testimonio de ello son los escasos resultados de las Cumbres mundiales sobre el ambiente publicadas a bombo y platillo.

Por último, el capítulo sexto («Espiritualidad y educación ecológica») desarrolla algo que estaba prácticamente ausente en el magisterio anterior: lo que el Papa llama una «ciudadanía ecológica» (*LS* 211) –es decir, la conducta ecológica de todos los ciudadanos en la vida cotidiana– y la importancia que

¹⁴ R. DESCARTES, “Discurso del método, 5.ª parte”, en *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*, Espasa-Calpe, Madrid 1991²⁶, 88-89.

NÚMERO DE CARACTERES DE LOS DOCUMENTOS SOCIALES



tienen la educación y la espiritualidad para desarrollarla.

Una lamentación

LS es, ciertamente, una gran encíclica y ha merecido una general aceptación. Pero me permitirán los lectores que termine estas páginas con una lamentación: Es evidente que el Papa no ha tenido en cuenta el consejo de su correligionario Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno»¹⁵. La encíclica –180 páginas en la edición de la tipografía Vaticana– es muy larga; el más largo, con mucho, de todos

los documentos aparecidos desde que comenzó en 1891 eso que llamamos Doctrina Social de la Iglesia, como podrá observar el lector curioso en el gráfico de arriba.

A partir de la *Pacem in terris*, las encíclicas sociales vienen dirigiéndose «a todos los hombres de buena voluntad». Siguiendo esa tradición, también el Papa Francisco dice: «quiero dirigirme a cada persona que habita este planeta» (*LS* 3). Pero salta a la vista la contradicción: unos documentos pensados en teoría para todos, llegan, en la práctica, sólo a los especialistas. La mayoría de los «hombres y mujeres de buena voluntad» no sólo son incapaces de asimilarlos, sino incluso de acabar su lectura, caso de comenzarla; y más todavía si pertenecen a las nuevas genera-

¹⁵ B. GRACIÁN, “Oráculo manual y arte de prudencia”, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1967³, 181.

ciones, que son cada vez menos lectoras y más adictas a los medios audiovisuales.

Ciertamente, los documentos del magisterio social de la Iglesia son complejos, porque también es compleja la realidad a la que pretenden acercarse. Y esto debemos saber apreciarlo porque a menudo la Iglesia y los creyentes hemos sido acusados de simplismo en nuestro tratamiento de los problemas sociales. Sin embargo, «esa exigencia de rigor no basta

para explicar las dificultades de algunos textos. Hay que reconocer también en ellos (en unos más que en otros) falta de sistematicidad, repeticiones, pasajes oscuros, incluso traducciones defectuosas»¹⁶.

Años atrás, Manuel Alcalá propuso que, si no es posible modificar la extensión y el lenguaje de los documentos –¿de verdad no lo es?–, se acompañen al menos de una versión popular que tenga *carácter oficial*¹⁷. ■

¹⁶ I. CAMACHO, *Creyentes en la vida pública. Iniciación a la doctrina social de la Iglesia*, San Pablo, Madrid 1994, 36.

¹⁷ M. ALCALÁ, “Documentos sociales del magisterio y comunicación masiva”, en *Revista de Fomento Social* 44 (1989), 412.

SALTERRAE



JESÚS RENAU MANÉN, SJ

La vida interior

184 págs.

P.V.P.: 11,50 €

«Si hay en esta vida un avance en el amor definitivo, significa que también hay un avance de la felicidad definitiva». El libro de Jesús Renau está lleno de expresiones como esta, que rezuman coraje y optimismo, lleno de pasión sincera expresada en un lenguaje directo. Desde la espiritualidad de san Ignacio, pero con la sensibilidad necesaria para dirigirse a un público amplio, el autor nos lleva desde la búsqueda de sentido, la estimación y aceptación de las propias limitaciones, hasta la valoración positiva del silencio (y de los silencios) para «poner orden al mercado interior de tantas voces».



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
